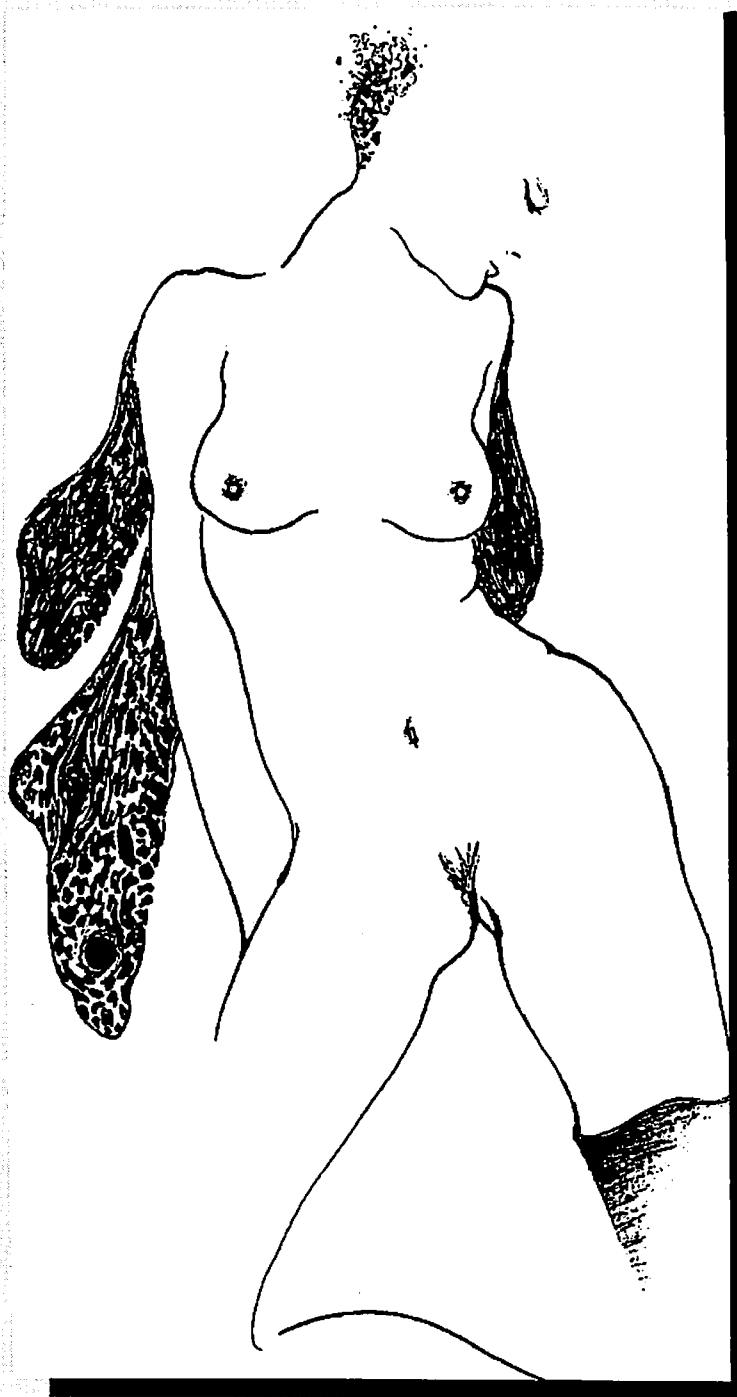




# Una revisión de los personajes femeninos en la obra de Carlos Fuentes

Eugenio Núñez Ang

En este año Carlos Fuentes cumple 70 años, nació el 11 de noviembre de 1928. Su primera novela, *La región más transparente*, fue publicada en 1958, hace exactamente cuarenta años. A partir de entonces, Fuentes ha sido considerado como uno de los escritores mexicanos y latinoamericanos de mayor relevancia en el ámbito de la literatura universal. Por tal motivo, se impone la doble celebración. Por otra parte, hace 25 años, en junio de 1973, obtuve mi licenciatura en letras españolas con la tesis *Carlos Fuentes: estudio de algunos personajes femeninos de sus obras*; algunas de sus páginas son recuperadas aquí para recordar la obra de un autor que desde entonces y hasta la fecha continúa siendo el narrador y ensayista más importante en nuestras letras.



**D**entro de las innovaciones de la literatura de este siglo, se vuelve una exigencia para caracterizar la estructura interna de la novela en una relación orgánica de la forma y el fondo, la multiplicidad de lenguajes nos remite a un discurso impersonal de obra abierta que implica una arquitecturación de los elementos contenidos en cada estructura. Así la trama ya no se constituye en una simple imitación o copia fotográfica de la vida: los acontecimientos se suceden en un cierto orden en relación con la problemática dada. Por ejemplo, el orden de los episodios carece de lógica en el tiempo y en el espacio, puesto que al lado de una gestalt manifiesta hay otra latente: una realidad superficial implica otra realidad profunda (en la obra de Fuentes, los extensos monólogos de Catalina en *La muerte de Artemio Cruz* o los de Asunción en *Las buenas conciencias* o la estructura total de cualquiera de sus obras son bastante ilustrativas al respecto). Esto provoca un derrumbamiento de planos donde se renuncia a una cronología de los hechos para presentar simultáneamente vidas distintas o momentos distintos de la misma vida. Para ello el autor aprovecha un punto de vista móvil o variable e imprevisible, va de un cambio de persona narrativa, de *sujeto*, a persona narrada, a *objeto* de un personaje central, a un personaje periférico u omnisciente o ubicuo. Así cualquier



Eugenio Núñez Ang. Licenciado en Letras Españolas (UAEM) y Maestro en Administración Pública por la Universidad del Sur de California. Ha publicado diversos textos, entre ellos, *Didáctica de la lectura eficiente*.



Fuentes adoptará las técnicas de renovación como el fluir de la conciencia, el monólogo interior, el *collage*, la técnica cinematográfica, el "realismo mágico", uso de lenguas extranjeras (francés, inglés, alemán, latín) y la nacional en sus diferentes voces (el coloquial, el caifanesco, el *espanglish* y hasta de la propia invención), para desarrollar los temas que han preocupado a nuestros autores: los problemas sociales y lo fantástico principalmente; además, juntamente con Luis Spota que en 1956 publica *Casi el paraíso*, se le considera iniciador de la novela urbana con su primera y gran novela, *La región más transparente* (1958). Si *Al filo del agua* y *Pedro Páramo* terminan el ciclo de la novela de la revolución y la novela del indigenismo, *Casi el paraíso* y *La región más transparente* abrirán el ciclo de la novela de la ciudad, donde se reflejará el cambio que el mismo país está viviendo.

La primera imagen que Carlos Fuentes proyectó fue la de un hombre cosmopolita, moderno, animado por una fuerte voluntad de renovar la literatura; tanto temática como formalmente Octavio Paz veía a Fuentes como un

recurso es válido para descubrir la conducta humana: los personajes carecen de identidad concreta. Rasgo típico de la novela contemporánea es la ausencia de caracteres tipificados. Encontramos ahora personajes más elaborados, más confusos. Los personajes nos son dados no sólo desde sus conductas externas sino que también asistimos a aquellas conductas cerradas e imprevisibles aún hasta para el mismo personaje: sus monólogos internos, sus sueños, sus deseos inconscientes. Todo ello requiere de muchos lenguajes, el estrato de las significaciones apela al trinomio autor/realidad representada/lector para abrir esa imagen del mundo que nos da una realidad analizada desde varios ángulos como en un juego de espejos que multipliquen un instante sin situación real y concreta. Todos estos recursos de articulación han hecho pensar en la muerte de la novela. Para Fuentes "lo que ha muerto no es la novela, sino precisamente la forma burguesa de la novela y su término de referencia, al realismo que supone un estilo descriptivo y psicológico de observar a individuos en relaciones personales y sociales".<sup>1</sup>

Carlos Fuentes asimila todas estas nuevas técnicas y es, además, el creador de estructuras totalmente nuevas. No conforme con estos hallazgos, su creación es búsqueda y desde su primer libro, *Los días enmascarados* (1954), se instala como uno de los principales protagonistas del movimiento renovador de la literatura universal.



escritor apasionado y exagerado, ser extremoso y extremista, habitado por muchas contradicciones, espíritu exaltado en el introvertido país del *medio tono* y los *chingaquito*, paradójico en la república de los lugares comunes, irreverente en una nación que ha convertido su historia trágica y maravillosa en un sermón laico y que ha hecho de sus héroes vivos una asamblea de estatuas de yeso y cemento[...]<sup>2</sup>

La obra literaria de Carlos Fuentes empieza con el volumen de cuentos, *Los días enmascarados*, donde ya encontramos las características que han de prevalecer en su obra narrativa. En 1958 publica *La región más transparente*, una novela que lo coloca inmediatamente como el escritor joven más importante que abre nuevos cauces a la literatura mexicana. De *La región más transparente* se habló y se escribió mucho. No sólo representaba a la novela urbana, sino además inauguraba todo un periodo de la novela latinoamericana y en consecuencia de la crítica literaria, una crítica especializada que iba más allá del impresionismo que se había ocupado de la literatura anterior a Fuentes. Para Luis Harris *La región...* tiene como tema central la desesperada búsqueda de la cara verdadera de México. Esa búsqueda de una identidad nacional se habrá de convertir en un *leit-motiv* de la novela hispanoamericana de la década de los sesenta, pero será una búsqueda dentro de una trascendencia planetaria. Por ello las influencias de Dos Passos, Joyce, Huxley, Faulkner, Proust y toda la narrativa de este siglo son demasiado notables y, además de la preocupación por lo mexicano, Carlos Fuentes sienta carta de ciudadanía universal en la denuncia, en la ferocidad creativa y en el uso de técnicas y teorías literarias contemporáneas poniéndose a nivel bastante aceptable de lo que se estaba haciendo en el mundo entero. Estas influencias, a veces demasiado obvias porque llegan a la franca y descarada imitación, han sido motivo de críticas acerbadas a la obra de Fuentes, no por ello desiste su afán totalizador por encontrarse a sí mismo y la lucha desesperada por encontrar a los demás. Elena Garro defiende la utilización de técnicas que llegaron al pastiche pues encuentra que Fuentes posee el mérito indiscutible de haber creado imágenes y secuencias espléndidamente desarrolladas con las que armó el mundo ambicioso y fabuloso de su primera novela.

*La región más transparente* nos describe una gran ciudad: México. Rosario Castellanos plantea que en esta novela

se proponen dos posibilidades para definir a México y a lo mexicano. Una que encarna Ixca Cienfuegos y que pretende una vuelta al origen, un renacimiento de los ídolos prehispánicos, una purificación de los enormes pecados de nuestra historia al través del sacrificio humano [...] y otra la que propone Zamacón: un hombre nutrido de cultura occidental, heredero de las tradiciones europeas, quien traza la ruta del país arrojando por la borda el peso muerto de la arqueología, de las inoperantes e inasimilables civilizaciones prehispánicas, para incorporar a México al vasto movimiento mundial de desarrollo, apoyado en la técnica, en la planificación, en el ejercicio de los atributos intelectuales[...]<sup>3</sup>

A través de los diversos protagonistas creados por Fuentes, encontramos las múltiples caras de la ciudad: Federico Robles, el plutócrata de origen campesino, que, como tantos otros, pudieron subirse al carro de la revolución y se enriquecieron gracias a esa revolución que se institucionalizó y se hizo gobierno; Norma, hija de un comerciante refugiado español, cuyo casamiento con Federico Robles obedece al oportunismo trepador de lograr la posición social que desea; la familia Ovan-



de 1910, pero que nunca aceptarán su nueva posición social; Rodrigo Pola, un estudiante pobre lleno de ambiciones que termina cediendo a los imperativos de una sociedad castrante; Ixca Cienfuegos y Manuel Zamacona, las dos caras de una misma ciudad poblada por seres tan disímbolos y tan semejantes como los Régules, los Pola, los Robles, los Ovando, Charlotte, Bobó, Natasha, Casseau por un lado, y por el otro los miembros más humildes de la sociedad: braceros, taxistas, sirvientas, prostitutas baratas. Todos ellos seres que padecen o se divierten; seres enajenados envueltos en la madeja de una ciudad que los crea y los destruye; seres que entrecruzan sus destinos sin advertirlo porque ellos mismos son seres en búsqueda de un rostro en una muchedumbre que se niega a sí misma ocultándose tras una y mil máscaras...

En el aspecto técnico Fuentes crea un neorealismo donde las situaciones no están narradas ni descritas por un narrador omnisciente que maneja las vidas de ese colectivo habitante de la gran ciudad y que se apoya en la estética de la novela decimonónica, sino más bien presentadas por un autor —frecuentemente invisible o ausente— que siente la informe fealdad antinovelesca de la vida de todos los días. Esta realidad absurda está subrayada en personajes apenas entrevistados pero desnudados por las técnicas del fluir de la conciencia, pues aunque ellos se ocultan tras la máscara, su intimidad los delata. En la representación espacio-temporal, el orden cronológico y el orden espacial se confunden, hay una alteración de la secuencia narrativa a través de múltiples perspectivas que nos dan acciones simultáneas, retrospectivas, entrecruzamientos en varios planos, inmersiones internas confundidas con la exterioridad en la que se mueven los personajes. El concierto barroco de las voces de la ciudad se mezcla con el silencio de una región de máscaras y transparencias donde el lenguaje testimonial a veces bastante desagradable sólo puede nombrar ese mundo inevitable.

En una conversación con Emir Rodríguez Monegal, Carlos Fuentes declaró:

Vivimos en países donde todo está por decirse, pero también donde está por descubrirse

cómo decir ese todo... Si no hay una voluntad de lenguaje en una novela en América Latina, para mí esa novela no existe.<sup>4</sup>

A Emmanuel Carballo le había dicho:

No hay una construcción lógica de la verdadera realidad, tal como se presenta en la vida. Por el contrario, es ilógica y sólo un esfuerzo intelectual, lógico, le da a esa realidad una semblanza comprensible. La vida cotidiana no está ordenada lógica ni intelectualmente[...]<sup>5</sup>

Fiel a sus palabras Carlos Fuentes va a construir cada obra suya con una sintaxis diferente, con el fin de descubrir aquello que le duele, de tal manera que lo dicho nos permita extrapolar aquello que no se pudo decir.

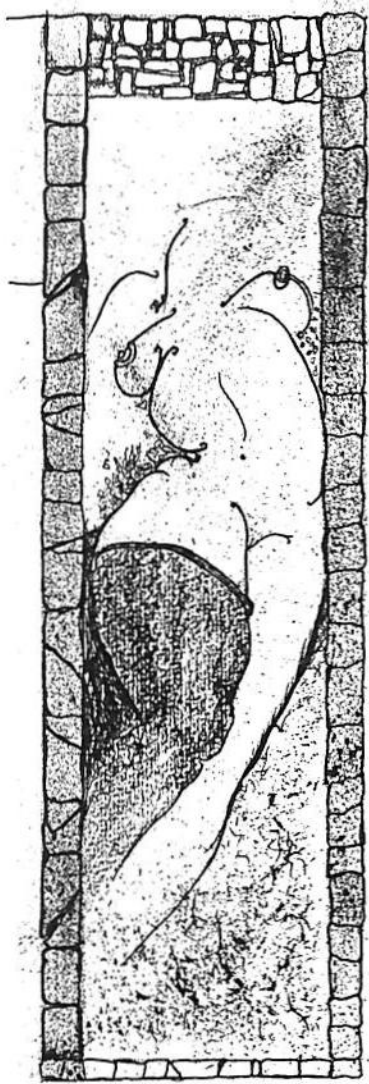
## La mujer y el amor

*Codiciada, prohibida  
cercana estás un paso, hechicera.  
Te ofreces con los ojos al que pasa,  
al que te mira, madura, derramarte,  
que pide tu cuerpo como una tumba.*

JAIME SABINES

Octavio Paz en "La pregunta de Carlos Fuentes" apunta: "Desde el primer día Carlos Fuentes me pareció un espíritu fascinado por los hombres y sus pasiones..."<sup>6</sup> Un espíritu tan inquieto, tan vivo, tan penetrante, animado por un profundo e insobornable amor por la literatura, por el lenguaje, por todo lo auténticamente humano. Un hombre, un Escritor, que se atreve, como lo plantea el mismo Fuentes en sus ensayos sobre los creadores de la nueva novela latinoamericana, escritores que se atreven a "re-inventar la historia, arrancarla de la épica y transformarla en personalidad, humor, lenguaje, mito: salvar a los latinoamericanos de la abstracción e instalarlos en el reino humano del accidente, la variedad, la impureza: como sólo el escritor, en América Latina, puede hacerlo".<sup>7</sup> Fuentes, igualmente, lo logra. Su pasión por la verdad nos pone en contacto con ese mundo repugnante y conmovedor, con ese espectáculo grotesco que despierta en su alma la lucha y la contradicción.

Quien se abre sin prejuicios a la verdad se abre también a la contradicción. A Fuentes se le ha criticado por veleidoso, inauténtico, pedante, paradójico, ambiguo. Sin em-



bargo, su imperiosa necesidad de compromiso con la realidad inmediata, en esa búsqueda apasionada pero lúcida de la verdad, con la decidida voluntad de inquietar y remover la conciencia mexicana, latinoamericana, lo ha obligado a adoptar la actitud desafiante de mirar a la esfinge cara a cara y oponer a su enigma el suyo propio. Carlos Fuentes, al igual que Samuel Ramos, Leopoldo Zea y Octavio Paz en el terreno de la filosofía; Santiago Ramírez y González Pineda en el de la psicología; Rivera, Siqueiros y Orozco en la pintura, Benítez, Villoro o García Cantú en el ensayo; González Casanova, González Pedrero o Flores Olea en el periodismo político; Carballido, Azar o Leñero en el teatro; Yáñez, Rulfo, Rosario Castellanos, Revueltas en la literatura, sólo para mencionar unos cuantos de toda esa pléyade de artistas e intelectuales comprometidos con la realidad mexicana, establecieron como lo señala Jean Paul Sartre en *¿Qué es la literatura?*, el mundo de su inteligencia como un arma cargada para ser disparada a la cabeza de la gente o para darle armas para poder saciar el hambre de libertad y de dignidad que existe en el corazón de cada hombre.

Sin aceptar bridas su ejercicio se impone a la necesidad de abrir un proceso de crítica y renovación de México y “los mexicanos, social o individualmente considerados”.<sup>8</sup> Impugnar esa realidad ambigua, contradictoria, oscura, de un país donde *todo* está por decirse, donde es necesario el diálogo, donde se impone la abolición del silencio, del disimulo, de las medias verdades o de la mentira abierta y descarada, requiere de estas mismas armas para trascender nuestra realidad insultante. En un mundo habitado por seres como los retratados por Fuentes en su obra narrativa, por ejemplo, Federico Robles o Artemio Cruz, hombres que ascendieron e impusieron su dominio sin importarles pisotear, humillar, transar, o hacer su fortuna a costa de los demás, que abrieron las puertas del triunfo a esa minoría oligarca, a esa alta burguesía que utilizó el poder para continuar oprimiendo y empobreciendo cada vez más a los de abajo y que, finalmente, todavía se proclama defensora de las clases necesitadas. “Qué hubiera hecho toda esa clase media sin gente como nosotros”, se ufana Federico Robles. O un Jorge Balcárcel, fiel defensor de la “verdad”, de la “justicia”, del “amor”; fiel cristiano que se enmascara con su “buena conciencia” de católico para ocultar, la inmoralidad e hipocresía que lo habita. O un Jaime Ceballos, un adolescente lleno de los más nobles y magníficos ideales, joven con un ansia total de justicia; de amor, como muchos jóvenes deseosos de un mañana mejor para todos; pero que, desgraciadamente, al avanzar retroceden y pasan a formar parte de los cuadros de lo que antes habían combatido. O un Rodrigo Pola, intelectual con la necesidad apremiante de expresarse, de salir de la mediocridad telenoveler de nuestra cultura, pero que al final tiene que ceder y termina integrándose al sistema estupidizante que en un principio aborrecía. O un Guillermo Nervo, un ser desamparado que alimenta su soledad poblándola de fantasmas al igual que muchos de los jóvenes de nuestro tiempo, quienes carentes de un patrón auténtico de identificación, se refugian en la indolencia, en la

droga, en la locura o en el suicidio. O todos y cada uno de los personajes que pueblan el mundo novelístico de Carlos Fuentes: seres marcados por la contradicción del momento que les tocó vivir. En ese mundo paradójico es la mujer el ser más indefenso pues se le hace depositario de los valores morales más altos pero, asimismo, se le desvaloriza con el más profundo de los escarnios.

En un mundo hecho a imagen y semejanza del hombre y para el hombre, me refiero aquí únicamente al varón, la mujer es convertida en un mero objeto sujeta a la voluntad masculina. Menospreciada, se le niega el derecho de ser persona, de ser considerada una persona y de conducirse como persona. Esta situación cosificadora acentúa la crisis de su personalidad. La mujer, en cualquiera de los papeles que le tocan, se convierte en eje de la vida del hombre. Y es en su papel de madre donde mayor influencia ejerce sobre la sociedad originando, como lo menciona Octavio Paz en su ensayo "Los hijos de la Malinche" incluido en *El laberinto de la soledad*, gran parte de las características del ser del mexicano: un profundo complejo de inferioridad, un sentimiento de inexistencia, de vacío, de soledad; un desabrigo total ante las inclemencias de la vida que lo vuelve receloso, desconfiado, malicioso y agresivo por un lado y por el otro establece mecanismos de defensa que son parte de su estereotipo: ingenioso, chistoso, alegre, soñador. Un hombre así se convierte en lo que hemos denominado un macho y que Carlos Fuentes define como "una no-persona, presa de un profundo sentimiento de inexistencia, de debilidad y hasta de homosexualismo latente, que debe afirmarse en la violencia, la negación de la personalidad femenina y el estrecho abrazo de los demás cuates machos..." Un hombre así percibe la angustia de su existencia y desde su nacimiento el trauma de saberse en un mundo extraño y hostil se acentuará con el sentimiento de culpa de haber nacido de una mujer a la que se le humilla cosificándola. Octavio Paz así lo ve: en un país donde únicamente se puede ser



chingando a los demás, el nacer de mujer equivale a ser un hijo de la chingada, pues la mujer, por el solo hecho de serlo, es chingada, burlada, violada por el hombre. En cierto sentido, nos dice Paz, todos somos, por el solo hecho de nacer de mujer, hijos de la Chingada, hijos de Eva.

Hay que entender esto también a través del estudio de la alienación de la mujer, tema que se ha planteado desde diferentes perspectivas. La mujer vive su condición de alienada al imperdírsele ser ella misma, al cosificársele. Por una parte, se vuelve un ser ajeno, frecuentemente sin voluntad o personalidad propia (hasta su nombre le es arrebatado para convertirse en la "señora de..."). Por la otra, ella "aprovecha" o vive esa alienación, alienándose aún más, convirtiéndose pasivamente o por comodidad en el reflejo de la conducta del hombre que le ha conferido la posibilidad de ser un mero objeto para su uso, para su placer, para su dominio. Francisco González Pineda nos dice:

Parte de la verdad está sin duda en este proceso de aprehensión de la realidad y, así, se puede asegurar que la venerada madre es la despreciada esposa, ha sido la idealizada pretendida, la idealizada y resentida novia, la que se supuso que no era la 'mala mujer', aunque fuera después la malvada esposa. A su vez esta venerada madre es la suegra de otra despreciada esposa de su hijo y es hija de otra venerada madre e insoportable esposa.<sup>10</sup>

Nos dice también que la actividad femenina se expresa en el medio mexicano

por actos que llevan connotación de pasividad, aunque sean realmente activos, y que muchas veces se interprete como actitud pasiva para la voluntad de pasividad, la autoagresión y la búsqueda de recibir agresión extrema como medio de expresar la propia acción.<sup>11</sup>

Una situación así de las relaciones humanas ha provocado una inestable combinación donde el hombre ve a la mujer como él desearía que ella fuera y como lo que teme que pueda ser. La mujer ha tenido que adaptarse a esta imagen de espejo empañado. Sin posibilidad de ser ella misma, necesariamente se torna en un ser reprimido. Según algunos psicoanalistas, el sujeto reprimido tiende a su vez a convertirse en represor, no para ejercer dominio o venganza, sino para salvaguardar así de la angustia y del miedo a aquéllos que lo rodean. De esta manera se continúa la cadena represora en la que la madre será el instrumento principal para ejercer esta imposición. "Mi madre en vez de leche, me dio sometimiento", dice Rosario Castellanos en uno de sus poemas.

Cabe preguntarnos si en un estado de cosas tal, es posible la comunicación, por ende su más alto grado de expresión que es el amor. Veamos, a través de los personajes femeninos de la obra de Fuentes, como se refleja lo antes dicho.

El amor es elección, nos dice Octavio Paz; pero, añade, todo en la sociedad impide que el amor sea libre elección. Gran parte de nuestras conductas son aprendidas así, nuestras ideas sobre el amor, sobre el matrimonio, sobre la familia y aun sobre nosotros mismos están condicionadas en gran medida por la sociedad de la cual somos resultado. Todo el sistema de

valores que tenemos lo adquirimos a través de nuestra familia que a su vez lo adquirió de un grupo más grande: la sociedad, y ésta posee una ideología regida por una élite dominante que ha creado instituciones dominantes cuya función primordial es el suministro de normas estabilizadoras impuestas con carácter represivo a fin de asegurar la subsistencia de dicha élite. Si el hombre ha de vivir en ese sistema y aun vivir de él debe aceptar las reglas del juego, debe pagar el precio de su educación represora, debe ser un eslabón más de esa cadena en la que a la vez que es reprimido por los de arriba él será un represor de los de abajo. Es explicable así la enajenación del hombre que sin posibilidad de elección vivirá apoyándose en la identidad que le ofrece la familia, la sociedad, el estado, la iglesia, y encadenando su individualidad a la conformidad gregaria que le coarta su libertad y lo aleja de su verdadero yo. Sin posibilidades de elección no hay posibilidades para el amor.

El amor podría concebirse como la búsqueda y el descubrimiento de uno mismo. Buscamos nuestra realización a través del amor. Para encontrarnos, entonces, necesitamos sumergirnos en nuestra propia intimidad, en nuestro yo más profundo. La comunión con el otro o la soledad compartida será indispensable para poder realizar la autenticidad de su existencia. Porque, además, soy en cuanto soy para los otros. Así, mi soledad, la inmensa introspección que me constriñe, debe desbordarse hacia afuera para poder amar. Mediante el amor me conozco a mí mismo y única y exclusivamente de esta manera puedo conocer al Otro que soy yo mismo. Amo verdaderamente cuando sé cuál es mi íntima y real situación: el inventario de mi yo auténtico aportable esta comunión de amor que me hace ser mi propio Yo. Gracias a esto, la antinomia soledad-comunión, gracias a aquello que llevo dentro de mí y gracias también a aquello que los demás me otorgan es posible alcanzar la libertad. Sin embargo, desde nuestro nacimiento, nuestra primera experiencia de soledad, todo impide que nos acerquemos a ese lugar cósmico e interior de nuestro Yo profundo. Las influencias del medio nos van alienando: máscara sobre máscara nos aíslan de nuestra individualidad y su concomitante lazo del sentimiento de identidad con el Otro. Aunque si bien es cierto que existen influencias liberadoras merced a nuestra condición de alienados son las influencias negativas las que mejor se conjugan para impedirnos poseer la libertad, la vida. Karl Marx en uno de los manuscritos de 1844 escribía: "Mientras el hombre no se haya reconocido como ser humano y, por consiguiente, no haya organizado el mundo humanamente, su naturaleza social sólo se manifestará bajo la forma de la alienación, siendo su sujeto, el hombre, un ser extraño a sí mismo".

Si nuestro primer patrón de identificación es la madre y, como decía anteriormente, la influencia que ejerce ésta es decisiva en la vida del hombre, su poder como agente represor y su condición de frustrada y de alienada opera sobre sus hijos convirtiéndolos en seres reprimidos, frustrados y alienados. La imagen rota del hombre contemporáneo necesita para unirse trascender esta situación. Cada parto debe constituirse en una escisión completa: cada quien tiene derecho a ser persona por sí misma, nadie pide nacer por qué exigirle entonces el pago *ad perpetuam* de una deuda que jamás contrajo sino que se le impuso violentamente. Romper el mito de la abnegada madre mexicana y crear la realidad de la madre responsable que respeta la personalidad de sus hijos es el punto más importante para lograr la evolución completa del ser humano.

Carlos Fuentes expone esa relación hombre-mujer, en la cual se niega la gratificación buscada como una necesidad íntima de comunión erótica, como una relación improductiva. Por una parte, la superioridad del hombre tiene que ser mantenida a toda costa; por la otra, la mujer tiene que soportar su papel de objeto creándose continuamente nuevas formas de máscara para usarlas aun en la intimidad del comportamiento con el otro miembro de la pareja. Cuando alguno de los dos se evade de esta situación sobreviene la destrucción de sí mismo en la locura –Guillermo Nervo– o en el suicidio –Juan Luis– o en el asesinato –Javier.

La relación madre-hijo presentada por Fuentes a través de Rosenda, Asunción y Claudia Nervo es mantenida en función de la pasión y no del amor. En estos tres personajes encontramos a la madre sobreprotectora con el afán de hacerse siempre presente, indispensable, única en la vida del hijo. Esta hiperprotección llega a provocar la invalidez del hijo y hasta el aniquilamiento real. Antes de permitir ser desposeída por su creatura, preferible la destrucción del objeto amado antes que la simple pérdida del mismo.

Rosenda, en *La región más transparente*, es la clásica muestra de la mujer sufrida, abnegada. Rosenda es la madre que ha hecho y ha dado todo por su hijo, sangre de su sangre, fruto de su propio vientre, de sus eternos dolores, por el que ha sido capaz de sufrir las peores vejaciones. Esto, como madre fiel que es, no dejará

de cobrárselo, de echárselo en cara: el hijo la abandonará y la dejará morir sola. Sin embargo, a pesar de sus recriminaciones, ella permanecerá fiel a su papel de perdonarle todo a ese hijo ingrato que la ha abandonado.

Rosenda, quien perdió a su esposo en la revolución, seguirá existiendo en un continuo revivir y renombrar el pasado para mantener a su hijo, Rodrigo Pola, como una entidad que dependa únicamente de ella:

[...]que Gervasio no había existido, que el niño había sido engendrado por mi voluntad y mi designio, que yo misma me había fecundado con el sueño de un hombre que sólo dormida conocía, que sólo en el vapor entre dos horas del amanecer me poseyó, y que no estuvo allí y que esos dos momentos concomitantes –la fundación de mí misma y el largo parto del infante– eran eternos, que siempre estaba entrando en mí la concepción de mi sueño y saliendo su producto carnal y éste convirtiéndose en aquélla, siempre, sin solución[...]<sup>12</sup>

Rosenda, a través de este proceso de autofecundación, convierte al hijo en un ser pusilánime, ligado completamente a su madre de la que no podrá romper el cordón umbilical.

Situado en esa esclavitud, en esa destrucción de su independencia, Rodrigo se reconocerá fusionado a su madre. De esta manera, intentará convertirse en hijo y padre de sí mismo. En esta autogestación se verá obligado a abandonar a su madre; sin embargo, no podrá lograr su realización, no podrá liberarse del yugo que lo ha atado: "... Y mandé a la chingada el amor, el respeto a mí mismo, la vocación, todo..."<sup>13</sup> dice con amargura, y añade aún más amargamente "Y mi madre sabía que así iba a ser..."<sup>14</sup> Al romper la relación originaria, Rodrigo no logra deshacerse de las palabras de su madre, de la influencia castrante que lo dejó sin armas para descubrir esa nueva posición ante sí mismo y ante los demás: "¿Cómo eran sus palabras? 'Recuerda que aunque te quedes solo en el mundo, siempre tendrás a tu madre para hacerle confidencias y decirle la verdad. Ahora vas a hacer te hombre, y si no le cuentas todo lo que te pasa a tu madre, te quedarás lleno de dudas y sin explicarte nada'..."<sup>15</sup> Rosenda logra su triunfo gracias a la aniquilación de su hijo: "una mierda eso es lo que soy" se dice a pesar de su triunfo. El éxito únicamente podría ser valedero si Rosenda lo hubiera conocido: "Rodrigo pensó en Rosenda, en el único testigo que real-

mente le hubiese importado de su prosperidad y su éxito. [...] Pero Rosenda nunca fue testigo. Le era ya muy difícil reconstruir el rostro de su madre...<sup>16</sup>

La gestación que ella añoraba repetir se cumple en la vivencia autodestructiva, autodevaluativa, en la incapacidad de amar y en la sexualidad masturbatoria de esa “mano puñetera y mano que escribe y acciona y busca un sexo de mujer y que juega y trabaja... [pero] con esa mano no he hecho otra cosa que... sacarme los mocos, Ixca...”<sup>17</sup> Dolido en esa catarsis se reconoce. De todos modos, incapaz de encontrarse, de enfrentarse a su realidad vuelve a las justificaciones, a la autocomplacencia, a su falta de sinceridad:

Esta mano [...] pudo haber escrito el gran poema, pudo haber amado a Norma Larragoti... mírala... pudo, pudo, pudo. Mi madre pensó que esta misma mano pudo arrancarla de la pobreza y el culto al muerto... pudo. Y no sirvió ni para cerrarle los párpados. No, estaba muy ocupada sacándome los mocos. Pudo.<sup>18</sup>

La pasión no realizada; la ansiedad de su amor de madre; la personalidad rota y dolida de mujer abandonada, la esfera narcisista, dominadora y posesiva de hembra insatisfecha convierten a Rosenda en el símbolo mistificador de la mujer víctima:

[...]por eso nunca midió lo que me dijo esa noche, esas palabras gratuitas que nunca entendía, que nunca creí ciertas, y que ahora veo como ese deseo de verme entero, de apresarme entre sus piernas y estar siempre, hasta la consumación de nuestras vidas, dándome a luz sin descanso, en un larguísimo parto de noches y días y años que la fortalecieran y le dieran la razón, en un eterno parto parlante que le dijera lo que ella quería saber siempre, alzada sobre las placentas como un monumento, viva en su espeso anhelo de ser siempre la madre, de encarnar a la naturaleza ya que lo demás [...] nunca la tocaría, de encarnar a la naturaleza viviente y eléctrica en su único acto permanente. Por eso, cuando le pregunté “¿Era bueno contigo mi papá?”, ella supo todo, leyó mis ojos idiotas y abiertos, se mordió los labios y dejó las agujas sobre el regazo. Naturaleza gratuita, Ixca, como sus palabras de gran madre, de madre abierta y rajada para la cual no existe más que el momento prolongado, verdadero y veraz, del parto, de palabras que, aunque las explique, nunca entenderé: “Tu padre fue un cobarde que delató a sus compañeros y murió como un tonto, dejándonos en la miseria”[...]<sup>19</sup>

Bajo la influencia de la pasión, la mujer se transforma: El deseo sexual de su carne casi virgen la vuelve santa. Su ambición de hombre y de bienes la convierte en una madre posesiva e impositiva, en una Yocasta que otorga al hijo el predominio de ser la figura masculina dominante en su vida. Su imagen maternal, su timidez, su condición natural de hembra, la torna en un ser activo hasta en su pasividad. Su dolencia, su luto eterno, su sufrimiento, la hace una mártir estoica que todo lo perdona, que todo lo sacrifica con tal de que los demás sean felices. Sacrificios aparentemente gratuitos que le sirven para chantajear emocionalmente exigiendo la retribución del amor filial hasta la saciedad.

Esta tremenda capacidad de sacrificio esconde un resentimiento contra el hombre al que ella amó y que o la abandonó o no retribuyó de igual manera ese amor. Posteriormente, ese resentimiento será depositado en los hijos con un egoísmo proyectado hacia ella misma, con el fin de mantener siempre esa posesión incondicional. Esta situación engendra una pasión ambivalente, torpe e inútil, creada a expensas del rompimiento de los lazos afectivos del verdadero amor. En *La región más transparente*, Manuel Zamacona le dice a Ixca:

[...]Yo mismo no sé cuál es el origen de mi sangre; no conozco a mi padre, sólo a mi madre. Los mexicanos nunca saben quién es su padre, quieren conocer a su madre, defenderla, rescatarla. El padre permanece en un pasado de brumas, objeto de escarnio, violador de nuestra propia madre. El padre consumó lo que nosotros nunca podremos consumir: la conquista de la madre. Es el verdadero macho, y lo resentimos[...]”<sup>20</sup>

Condición que podríamos considerar universal, aunque algunos psicoanalistas como González Pineda o Santiago Ramírez lo han tipificado dentro de las características del mexicano: negados nuestros orígenes caemos en el ámbito de la soledad más desoladora: desamparados de nosotros mismos sin origen y sin final nos asimos a una madre todavía más desamparada pero cuya fuerza, por demás inauténtica, se constituye en decisivo estorbo.



Asunción Ceballos de Balcárcel en *Las buenas conciencias* es la personificación aún más acentuada de esta situación “maternal”. Luis Harris nos dice de ella: “la frustrada Asunción –personificación de la soledad de los que pasan la vida sufriendo en silencio, congénitamente incapaces de levantar la voz para mencionar verdades desagradables–, Yerma a causa de la esterilidad de su marido, y por lo tanto ensañada en su afán de poseer y dominar a su hijo adoptivo.”<sup>21</sup> Representa a esas mujeres que no son dueñas ni de su espíritu ni de su cuerpo.

En *Las buenas conciencias*, Fuentes expone a hombres prontos a la traición hasta de sus propios ideales, seres incapaces de engendrar vida y por consiguiente amor, una sociedad sin escrúpulos que carece de autonomía y es presa fácil de un poder paternalista que en la cúspide del organismo social que la maneja le impone una “buena conciencia”, una manera de ser neurótica que encuentra su escape en el prejuicio religioso. Exigencia de esta conciencia es un arraigado sentimiento de culpa que deriva en un masoquismo extremo debido a las restricciones de orden moral nacido de su propio origen: la negación de su propia personalidad.

Si Rosenda ejerce la doble función de padre y madre con los resultados ya vistos, Asunción no posee ni siquiera el consuelo de haber engendrado a ese hijo adoptado, quien es en realidad su sobrino. Jaime Ceballos no sólo va a resentir la carencia de su verdadera madre y el repudio de ésta por los demás miembros de su familia, sino además la doble paternidad ejercida con rigor por su tío, Jorge Balcárcel, y tibiamente por el padre de Jaime, Rodolfo Ceballos. La personalidad de Jaime va a ser dominada en una escisión de su conciencia. Todas las condiciones en las que incurre son el efecto de esa dicotomía a la que se ve sujeto. Fragmentado en su realidad exterior, sus reacciones son el reflejo característico de la neurosis compulsiva determinada por lo indefinido de su situación.

Pero las batallas más duras las habrá de celebrar Asunción Ceballos. En su mo-

nólogo nos refleja toda la angustia, la soledad y la frustración de la mujer. En su papel de madre vive el tormento de amar posesivamente:

[...] “Que nunca crezca, Dios mío, que nunca crezca”. Así oraba diariamente, sin palabras, la tía. Pasaba en seguida a la recámara del sobrino, le observaba dormido durante unos segundos, luego se acercaba a besarle la frente y corría las cortinas. Asunción revisaba la mochila escolar, colocaba en ella los libros y cuadernos necesarios para la clase de la jornada, sacaba punta a los lápices y reponía las gomas de borrar. Ella disponía el desayuno de Jaime y le asediaba con ofrecimientos de pan dulce, más fruta, un vaso de leche[...]”<sup>22</sup>

Cuando Jaime crece, el asedio se multiplica pero el “que nunca crezca mi niño”, se repite cada vez con menos convicción y al darse cuenta de que “carece de sentido, su alegría es interna y vergonzante.”<sup>23</sup> Entonces, lo persigue, lo acosa, con la mirada, con el gesto. Su ternura se hace inagotable e inaguantable. “Se siente, como nunca, mujer: quiere dejar correr las cosas, hasta su fin natural. No quiere prever. No quiere reunir los hechos en reflexión.”<sup>24</sup>

Aún cuando la función de madre continúa se ha hecho presente otra situación más persistente, pero más sutil, apenas visible para Jaime. Situación a la que nosotros los lectores podemos asistir gracias al narrador y a la conciencia delatora de la propia Asunción:

[...] Se observa, adormilada pero urgida, con el pelo castaño que le cae hasta la cintura, con las mejillas escondidas por el sueño bochornoso. Se dice que es guapa y joven todavía. Se desabotona el corpiño y muestra al espejo los senos redondos, tersos, apenas tocados. [...] El gemido de Asunción no lo escucha nadie; y nadie ve sus caricias desesperadas sobre el vientre y los pechos. La mujer recuerda al muchacho dormido en la pieza contigua y arde en deseos de correr a verlo.<sup>25</sup>

Poseída por la pasión de Fedra, Asunción se torna más posesiva, más hosca y más autoritaria:

la mujer blanca, con el pelo restirado en el chongo, con el traje negro y la mirada ansiosa. Viene a que Jaime la quiera, y él lo sabe. Viene a exigir que le entregue su adolescencia solitaria, a ella o a nadie[...]”<sup>26</sup>

Jaime, confundido,

de su oscuro asombro apenas derivaba un sentimiento de compasión hacia la mujer que tenía que solicitar, de esta manera, un poco de amor que ningún hombre le había dado.<sup>27</sup>

Eminentemente trágica no busca escapar a su destino sino por el contrario lo busca y se regodea en él. Se sabe culpable pero gracias a esta culpa se siente viva, se piensa necesaria y única:

La gente no es buena. ¡Siempre me tendrás a mí para aconsejarte! Ninguna mujer te querrá nunca como tu mamá Asunción. Y Jaime, acariciando la mano femenina, dijo por primera vez, sin pensarlo siquiera: –Si, tía– a quien siempre había llamado “mamá”. Acaso sintió el extraño temblor, mezcla de alegría y pena, con que Asunción recibió la palabra. Pero si no el estremecimiento, la propia pureza de su amor intocado le comunicó que Asunción lo quería para ella y lo quería como mujer[...]”<sup>28</sup>

En esta situación, Asunción vivirá ambivalente la necesidad de no sentirse culpable. Su “buena conciencia” le dictará la expiación de su culpa mientras su ser verdadero la satisfacción de una necesidad que ella pretende obviar o desviar. Al inhibir su acción ésta tiene que explotar en búsqueda de gratificación:

[...] lo abrazó como hubiese querido abrazar a Jaime, y acercó las manos al sexo viejo del marido, luchando contra la esterilidad infamante, tratando de exprimirle los jugos de la vida. Balcárcel debió gritar, porque la apartó y Asunción cayó de espaldas sobre la cama y empezó a decir oraciones mientras sentía que un enorme triángulo negro le cubría la boca [...]”<sup>29</sup>

Su realidad urgida del cuerpo joven de su sobrino se satisfará en fantasías eróticas donde como Yocasta negará la realidad afectiva primordial para caer, aunque sea en la imaginación, en el incesto.

Nuevamente Asunción, como Rosenda, cumple el rito: incorporar al hijo a su destino: lanzar a Edipo a la densa oscuridad de su yo indefinido y débil.

Claudia Nervo en *Zona sagrada* refleja más claramente esta situación. Pero aquí el aspecto es más trágico. Si Rosenda y Asunción se desviven por vivir la vida de Rodrigo y Jaime, respectivamente, Claudia, en cambio, no sabe querer a Guillermo, al menos como él necesita que lo quieran. Al contrario, parecería que desprecia su amor, pues lo mantiene alejado, fuera de ella; pero a la vez, no deja de poseerle: a través de dársele todo, excepto amor, lo obliga a depender de ella.

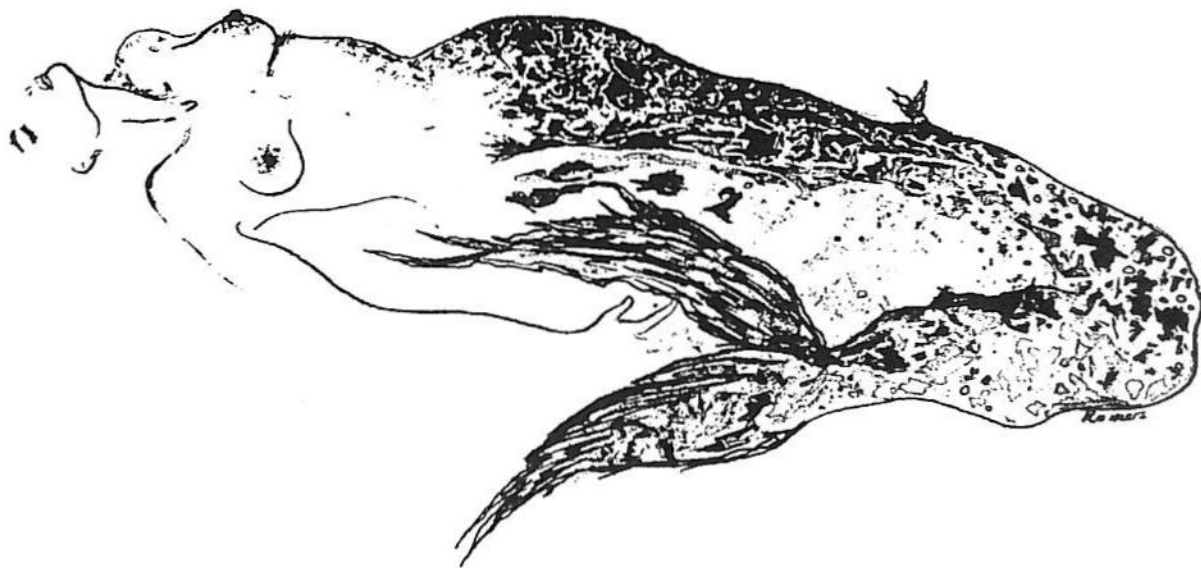
Carlos Marx decía:

[...] supongamos que el *hombre es hombre* y que su relación con el mundo es una relación humana. Entonces el amor sólo puede intercambiarse por amor, la confianza, etc... Si quieres influir en otras personas debes ser una persona que estimule e impulse realmente a otros hombres. Cada una de tus relaciones con el hombre y la naturaleza debe ser una *expresión específica*, correspondiente al objeto de tu voluntad, de tu verdadera vida individual. Si amas sin evocar el amor como respuesta, es decir, si no eres capaz, mediante la manifestación de ti mismo como hombre amante, de convertirte en *persona amada*, tu amor es impotente y una desgracia[...]

Guillermo-Guillermi-Mito sufre esa desgracia, tan profundamente que su única salida es creerse perro. Yo no diría que su amor frustrado hacia Claudia refleje un complejo edípico en toda su extensión. Pues, aunque superioriza y ama a su madre, es más que nada por un acercamiento a su propia personalidad. Sin posibilidad de intercambiar amor, de ser *persona*, Mito se refugia en la locura. Claudia, igualmente, está impedida a sostener una relación verdaderamente humana y su escape es la neutralidad de todo. Ella misma posee el carácter neutro: representante de la belleza de la mujer mexicana posee caracteres marcadamente masculinos. "Tiene voz de sargento" dice alguien en la novela.

Una relación madre-hijo tan frustrante como la de esta pareja donde la madre "devora porque no admite la ilusión y castra porque su vida es más violenta que sus lentos sueños..."<sup>30</sup> conlleva la expresión de una realidad trágica: rondamos nuestro destino, acariciándolo, solazándonos en él, con la esperanza de que no se cumpla. Sin embargo, puntales a la hora del mito, asistimos al reencuentro. Mito al reconocerse en su propia madre llevará un hilo conductor que lo lleve del narcisismo a la homosexualidad, de allí al fetichismo y al travestismo. Del carácter oral, al anal, de éste al autoerótico y homosexual, de allí a la autodestrucción aunque antes que Guillermo, esta fue iniciada por la propia Claudia.

Claudia, madre dominante, se hará presente en todos los momentos de su hijo. La personalidad de la madre obligará a la del hijo a repetirla, a prolongarla. En todas y cada una de las etapas de la vida de Guillermo, Claudia ejercerá la influencia necesaria para *hacer* a su hijo. En su infancia se hará presente hasta por su divina ausencia; durante su adolescencia a través de su condescendiente y magnífica generosidad de darle todo lo que él quiera; después hasta la imposición de sí misma por medio de fetiches, de máscaras. Un suéter de cachemira gris y los perros funcionan en la novela como el lazo de su relación muerta. El suéter como "fetiche: [es] el objeto metonímico porque es 'parte, prolongamiento simple del cuero materno, trama de la pantalla que cubre, fieltro del vestido'; metafórico porque 'en nada recuerda, ni siquiera en la forma, al pene' soporte final de todo fetichismo."<sup>31</sup> Los perros porque sólo a través de ellos Guillermo va a encontrar una desviación a su



libido insatisfecha, primero como meros acompañantes y objetos de substitución de la presencia de Claudia, después él va a ser uno de ellos debido al mismo proceso de sublimación.

Claudia no exige nada, pero tampoco da nada sino apariencias. De allí que no pueda establecer una verdadera relación humana: "Nadie me interesa, le dice a Guillermo, cuando deja de buscarme. No, si yo también sé dominarme, como tú, pero poseyendo. Hay que saber tener las cosas sin gastarlas. Tú, santo, por temor a gastarlas ni siquiera las tienes."<sup>32</sup> Claudia no es verdaderamente humana sino más bien una presencia que se impone, una diosa poseedora de una zona sagrada habitada por un humilde vasallo que ni siquiera tiene el consuelo de la soledad. Aunque en la Nervo haya una manifestación de mujer liberada, ésta no deja de ser sino otra apariencia más. Ella es el centro del mundo y se rodea de una corte lésbica: Vanessa, Ute, Kirsten, Paola, Ifigenia, Bela... reflejos de ella misma, prolongaciones de una personalidad enferma que solamente se encuentra reafirmando en la multiplicidad de sus espejos. Sus palabras, huecas, vacías a fuerza de repetirse, la convierten en un clisé más: la mujer alienada orgullosa de su pseudoliberación. Se me antoja esa especie de mujer impositiva que brilla por su aparente actitud revolucionaria, sin embargo, ésta no es sino otra máscara que le sirve para ocultar su imposibilidad de realizarse como mujer. Puesto que no puede ser amada recurre a la compra, al chantaje, al hurto de la voz, del coro de voces que la glorifican. Si por estos medios no lo logra se muestra sumisa, complaciente, comprensiva; pero si la actitud mercantilista es degradante, chocante, repulsiva, grotesca y únicamente puede despertar en los demás una compasión de lo más humillante. Claudia en su incapacidad de dar, de darse, experimenta el amor en su forma más estéril: no puede ni estimular ni impulsar positivamente a otras personas porque a pesar de todo lo que ha hecho para dejar de ser objeto sabe que "sus manos no bastan para crear nada nuevo".<sup>33</sup> Claudia es esa madre que puja por parir a su hijo, por aventarlo lejos de ella, pero lo retiene en su grito mítico.

Si la relación maternal vista en Rosenda, Asunción y Claudia se nos muestra tan poco gratificante, la relación amorosa sexual viene a ser aún más compleja. Empezando porque,

como dice Octavio Paz, "en nuestro mundo el amor es una experiencia casi inaccesible. Todo se opone a él: moral, clases, leyes, razas y los mismos enamorados",<sup>34</sup> y también impide su realización la condición neurótica que se da en la contradicción propia del ser humano heredada o condicionada por los patrones conductuales establecidos por dogmas de orden moral y legal que nunca funcionarán efectivamente dadas las condiciones absurdas de su génesis y desenvolvimiento. El amor materno en estos tres personajes de Carlos Fuentes se verá igualmente reflejado en los otros personajes, en el tema de la relación amorosa que abordaremos en otra ocasión. ○

#### Bibliografía

- 1 Carlos Fuentes, *La nueva novela hispanoamericana*, Mortiz, México, 1969, p. 17.
- 2 Octavio Paz, "La pregunta de Carlos Fuentes" en *Plural* No. 14, nov. 1972, p. 8.
- 3 Rosario Castellanos, *Juicios sumarios*, Universidad Veracruzana, México, 1966, pp. 121-122.
- 4 *América Latina en su literatura*, Siglo XXI, México, 1972, p. 31.
- 5 Emanuel Carballo, *19 protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX*, Empresas editoriales, México, 1965, p. 428.
- 6 Octavio Paz, *Op. cit.*, p. 8.
- 7 Carlos Fuentes, *Op. cit.*, pp. 95-96.
- 8 Carlos Fuentes, *Tiempo mexicano*, Mortiz, México, 1971, p. 85.
- 9 *Ibid.*, p. 86.
- 10 Francisco González Pineda, *El mexicano - psicología de su destructividad*, Pax-México, México, 4a. ed, 1968, p. 140.
- 11 *Idem.*, p. 141.
- 12 Carlos Fuentes, *La región más transparente*, FCE, México, 2a. ed., 1958, p. 219.
- 13 *Idem.*, p. 437.
- 14 *Ibid.*
- 15 *Idem.*, p. 134.
- 16 *Idem.*, p. 436.
- 17 *Idem.*, p. 440.
- 18 *Ibid.*
- 19 *Idem.*, p. 135.
- 20 *Idem.*, pp. 58-59.
- 21 Luis Harris, *Los nuestros*, Sudamericana, Bs. As., 2a. ed., 1968, p. 364.
- 22 Carlos Fuentes, *Las buenas conciencias*, México, 2a. ed., 1959, p. 45.
- 23 *Idem.*, p. 92.
- 24 *Ibid.*
- 25 *Idem.*, pp. 98-99.
- 26 *Idem.*, p. 106.
- 27 *Idem.*, p. 108.
- 28 *Ibid.*
- 29 *Idem.*, p. 141.
- 30 Carlos Fuentes, *Zona sagrada*, Siglo XXI, México, 1967, p. 26.
- 31 Severo Sarduy, *Escrito sobre un cuerpo*, Sudamericana, Bs. As., 1969, p. 36.
- 32 Carlos Fuentes, *Op. cit.*, p. 148.
- 33 *Ibid.*, p. 131.
- 34 Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, FCE, México, 7a. ed., 1969, p. 177.

